

## JUSTICIA, RESPETO Y APOYO PARA EL AGRO

Marco Chaves Solera<sup>1</sup>

Muchos coincidimos y estamos de acuerdo en que la economía y, porque no reconocerlo, la democracia costarricense descansan en alto grado sobre la incuestionable contribución que la agricultura le aportan y han proporcionado a través de la historia patria, como lo demuestran las estadísticas macroeconómicas, sea por su rol determinante en la producción de materias primas, productos agroindustriales finales de alto valor agregado, generación de empleo, desconcentración de capitales, desarrollo social y hasta cultural, entre otros. Siendo esto así, parece lógico pensar hacia donde deben dirigirse los esfuerzos promotores del progreso y el bienestar nacional.

Sin embargo, contrario a toda lógica razonable y esperable, la realidad demuestra que muchos de nuestros dirigentes políticos han ignorado por mucho tiempo esta inmensa verdad y de manera absurda e irracional establecen medidas ajenas y contraproducentes a las necesidades y justas demandas del sector en lo que puede calificarse como un triste y peligroso error histórico *¡Eso el tiempo lo juzgará!* Esto lamentablemente ha sido posible debido, en alto grado, a la sorprendente y relativa desintegración y pasividad cómplice que muchos de los grupos que conforman el sector agropecuario costarricense han mantenido y permitido por muchos años, producto algunas veces de su deficiente organización, defensa de intereses particulares, logros efímeros y mediáticos, falsos orgullos institucionales, conformismo, malos líderes y representantes o como consecuencia de una evidente falta de interés, identificación, compromiso y vinculación hacia la satisfacción de metas comunes.

La situación que viene padeciendo el país desde hace algunos años y principalmente las perspectivas que se visualizan para el corto y mediano plazo, hacen obligante la superación de ese peligrosos complejo del campo hacia la ciudad, esa actitud de pariente pobre de la producción agropecuaria hacia otras actividades económicas, esa creciente, sensible y persistente agresión e indefensión en que ha vivido sumido el habitante del campo.

En pocas palabras, el agro costarricense debe luchar con vehemencia, inteligencia y constancia para eliminar los abusos, las incomprensiones, el irrespeto y los desprecios que históricamente ha padecido, y exigir se le ubique en la posición que merece por mérito propio justamente ganado no solo en la asignación de recursos y apoyo estatal, sino se le de el espacio correcto en la misma sociedad

---

<sup>1</sup> Ingeniero Agrónomo, MSc. Ex presidente Colegio de Ingenieros Agrónomos de Costa Rica. 19 de noviembre, 2011. E-mail: [chavessolera@gmail.com](mailto:chavessolera@gmail.com).

costarricense. El agro no ha sido ni es una carga para el Estado como algunos temerariamente aseveran y eso es relativamente fácil de demostrar.

Es momento histórico de asignar responsabilidades, pedir cuentas y exigir eficiencia, equidad y justicia en todos los órdenes para todos: *el Gobierno, los productores, los empresarios y las organizaciones*, pero bajo criterios realistas y no absurdos como los recientemente propuestos basados en índices de productividad; pero si acaso fuera así, que la medición de productividad sea para todos incluyendo burócratas y a nuestros ilustres y ocurrentes congresistas.

El debate agrario no se limita y reduce a la simpleza de si “importo o produzco”, “producimos todo o solo parte de nuestras necesidades”, “produzco caro o barato”, “liberar o no liberar”; o lo que es peor aún, centrar el análisis en la interpretación conceptual de contenido de acepciones retóricas y confusas de “competitividad, sostenibilidad, seguridad o soberanía alimentaria”. La valoración va más allá de esas simplezas y debe considerar factores modernos como vinculación al comercio internacional (el mercantilismo está ahí actuando y debemos incuestionablemente enfrentarlo), rol del sector rural, generación de empleo, riesgos alimentarios, transnacionalización, desarrollo y capacidad tecnológica nacional, infraestructura productiva disponible, capacidad portuaria, infraestructura vial, concentración de capitales, inversión en agricultura, inversión en ciencia y tecnología, servicios públicos para la producción, todo con rostro humano y no solo valorado con frías cifras macroeconómicas proyectadas en una oficina con aire acondicionado.

El debate es sobre la Costa Rica que deseamos y construimos hoy porque los cambios que se están dando son acelerados, contundentes y muchos no tienen marcha atrás. Queremos una sociedad de empleados y no de empleadores, una sociedad prestadora de servicios, un país alimentariamente dependiente; en fin, una Costa Rica sin agricultores. La solución no es tampoco a mi criterio un asunto solo de más legislación, pues es claro que las leyes por si solas no hacen agricultura. No veo en el corto y mediano plazo como “reconvertir” como decía un creativo Ministro de Comercio Exterior con pensamientos mágicos, un frijolero en productor de “chips para computadora”, un ganadero en hotelero, o un cañaveral convertido en oficina de bienes-raíces o con emprendimiento en el negocio de los circuitos integrados. El problema, la circunstancia y el análisis son en definitiva más profundos, complejos y difíciles de realizar.

Un análisis retrospectivo del sector evidencia, que muchas de las medidas decretadas por los gobiernos en beneficio directo de las ciudades y a expensas del campo, no han beneficiado como se esperaba a esas, pero si han perjudicado severamente lo rural. Los habitantes de la ciudad y muchos políticos nacionales,

pareciera que no se han dado cuenta aún o no quieren aceptar, de que si se alimentan y viven en paz y democracia, es porque el campo genera trabajo, el alimento y una parte importante de las de las divisas que ingresan al país; tampoco perciben, de que cuando dañan los intereses del agro, están dañando los intereses generales y la estabilidad misma de la nación.

La primera medida para rescatar posiciones justas y necesarias para la agricultura, debe ser la de romper el silencio cómplice que envuelve algunas actividades productivas y que caracteriza a muchos de sus representantes y dirigentes. Los derechos ciudadanos no solo se piden, sino que se luchan y exigen empleando los recursos que válidamente nuestra democracia y sistema jurídico disponen y permiten. La segunda, más importante todavía, es organizarse y hacerse representar por personas de integridad comprobada a prueba de balas, verdaderamente identificadas, capacitadas, comprometidas y plenamente conscientes de la inmensa responsabilidad que adquieren y la dimensión de las luchas que deben emprender. Esos líderes deben combatir la seducción a que muchas veces son sometidos, donde las componendas, el ofrecimiento de beneficios personales y la invitación a doblegar posiciones están a la orden del día. Basta ver como muchos otrora dirigentes agropecuarios fueron seducidos por un desfigurado y fugaz cargo pseudo político, un sillón ejecutivo, una "Toyotona" con chofer y unos cuantos viajes con destino paradisiaco *¡El premio a la nada!*

El productor debe organizarse no para atacar irracionalmente ni por causa poco justa o innecesaria, sino para defenderse más bien, de los políticos y políticas (respetando género para evitar enojo y reclamos) demagogo(a)s y teorizantes metropolitanos de buen verbo, procedentes de dentro y fuera del país que los agreden. La cuestión no está pues sólo en atacar por confrontar la demagogia urbana, sino simplemente, en defender al campo, los empresarios, a los campesinos y con ello a sus familias.

En la urbe radican, precisamente, muchos de los tecnócratas que actúan y se mueven según las conveniencias de la demagogia politiquera que nace, reproduce, multiplica y desarrolla en las ciudades. En la urbe se planifican y fabrican reiterativamente los denominados y utópicos "*Planes, políticas y programas estratégicos para el desarrollo del sector agropecuario*", así como otra serie de medidas "*estratégicas y prioritarias*", que con mentalidad académica, urbana y carentes la mayoría de las veces de visión pragmática, atentan contra la producción del campo, la empresarialidad, la vida campesina y la existencia misma del productor agrícola, especialmente del más pequeño.

A efecto de evitar esos desaguizados es preciso decir ¡Basta! Basta ya de que el campo se vacíe dolorosamente de contenido humano, para engrosar peligrosa y

preocupantemente las estadísticas de los anillos de pobreza de nuestras ciudades. Basta ya de crear industrias urbanas que requieren importar sus materias primas en vez de desarrollar industrias en el campo, próximas a los centros de producción generadoras de sus propios insumos. Basta ya de que se aumenten constantemente los precios de los productos agrícolas y sus derivados a los consumidores de la ciudad, sin que se le transfiera la proporción debida, justa y razonable del incremento al agricultor como pago a su esfuerzo, recurso que queda en manos del intermediario protegido y favorecido muchas veces con su incompetencia por el mismo Estado. Basta ya de que los políticos y políticas pregonen y ofrezcan lo que no pueden cumplir, y mantengan al agricultor sumido (engañado) en la expectativa de mejores horizontes futuros para su labor y su familia. Basta de que un segmento importante, no todo, de la dirigencia del sector agropecuario esté plagada de empíricos, asesores y asesoras de nada, amigos de políticos, leguleyos ciudadanos de corbata y funcionarios sin trayectoria, experiencia ni formación específica para la trascendente función que deben cumplir, como nos han acostumbrado muchos gobiernos.

Basta ya de la presencia de profesionales mediocres de horario (que dichosamente son los menos), que solo procuran su bienestar personal, violentando los principios sagrados de entrega, sacrificio y servicio que les corresponde cumplir como actores fundamentales del sector. Basta ya de falsas agrupaciones, defensoras en teoría de los intereses sagrados del campesino, que como instrumento de trabajo utilizan la instigación, pregonan ante la falta de argumentos, pensamiento y propuestas de mejora por las acciones guerreristas y son enemigas del diálogo juicioso, la búsqueda de soluciones integrales en tiempos de paz (pues éstas hay que fabricarlas, no son espontáneas) y carecen de planes serios y consistentes de educación, capacitación e integración al productor; agrupaciones dirigidas por falsos profetas, pitonisos que han dejado por cálculo y comodidad el campo para constituirse en asalariados y dependientes de sus propios colegas, los agricultores.

En sin embargo cierto, que para que ese ¡basta ya! tenga resonancia y verdadero significado, es necesario que sea pronunciado por los propios productores del agro debidamente organizados y acertadamente representados, para que unidos constituyan una sola y única voz, al momento de exigir derechos y establecer propuestas tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. El productor debe ser gestor de su propio futuro y no un simple usuario pasivo de sus consecuencias.

*“Dame una palanca y moveré el mundo”*, manifestó Arquímedes alguna vez; pues bien, si Arquímedes pensó que la palanca sería capaz de mover el mundo, pienso que el AGRO dotado de los instrumentos necesarios y el apoyo que realmente requiere para su modernización, es la palanca capaz de mover la nación

costarricense y enrumbarla hacia mejores horizontes socioeconómicos para todos y no apenas para unos pocos. Difícil es pensar en una Costa Rica futura basada en la prestación de servicios y sin agricultura. Para ello, se necesita que el campo se organice y, si preciso fuere, luche contra quienes lo ataquen, sean burócratas de mentalidad urbana, doctrinarios del moderno “neoliberalismo” o defensores del viejo absolutismo estatal, profesionales mal intencionados, ambientalistas ciudadanos de “cafetín”, intermediarios y empresarios explotadores, o algún que otro “experto calificado” de los muchos que pululan en el país con mentalidad extraña a las raíces y forma de ser del costarricense.

No todo es tampoco malo, negativo y criticable, con sinceridad lo digo y aseguro, pues hay que reconocer que existen organizaciones y personas de ambos géneros ubicadas en el gobierno, la academia y la empresa privada, aunque tampoco son muchas, realmente identificadas, preocupadas y muy comprometidas con las necesidades del productor y el empresario agropecuario, como también el consumidor, que buscan y proponen las vías de solución con fórmulas costarricenses a muchos de los complejos y difíciles problemas que aquejan hoy día al productor y al habitante rural.

El análisis juicioso, realista y objetivo debe necesariamente integrar problemas y limitantes, pero también oportunidades; decía alguien que “*Un optimista ve una oportunidad en toda calamidad; un pesimista ve una calamidad en toda una oportunidad*”. El agro ofrece oportunidades de desarrollo productivo interesantes e inusitadas, pero sobre todo, certeza de que el desarrollo del campo y la vida rural será la tranquilidad de la ciudad.

Cabe y aplica en este punto e intención de luchar, considerar y seguir las sagradas y sabias palabras de una enorme, ejemplar y pequeña mujer, la Madre Teresa de Calcuta, al expresar:

### ***“Nunca te Detengas***

***Siempre ten presente que:***

***La piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años. Pero lo importante no cambia, tu fuerza y tu convicción no tienen edad. Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña, detrás de cada línea de llegada, hay una de partida; detrás de cada logro hay otro desafío. Mientras estés vivo, siéntete vivo; si extrañas lo bueno que hacías, vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas, sigue aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en tí. Has que en vez de lástima te tengan respeto. Cuando por los años no puedas correr, trota; cuando no puedas trotar, camina; cuando no puedas caminar, usa el bastón. Pero nunca te detengas”.***

Debemos aceptar que lo que está hoy en juego no es sólo la agricultura nacional, la vida rural y los agricultores, sino la sociedad misma, y en última instancia, no sólo el porvenir del agro, sino el de todo aquel que quiera alimentarse, viva en Costa Rica o en cualquier otro lugar, radique en el campo o en la ciudad, eso la verdad no es importante pues las consecuencias serán al final de impacto para todos y para todas. Sigamos apoyando y contribuyendo por una agricultura justa, tecnológicamente avanzada y competitiva, para lo cual se requieren posiciones claras, firmes y consistentes de nuestros gobernantes y empresarios. La lucha no es fácil pero vale la pena emprenderla.

Eso siento, eso pienso, eso digo.